



Lo Económico desde una Visión Ambiental Compleja

Julio Carrizosa Umaña

Director del Instituto de Estudios ambientales Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

El crecimiento económico y en general lo económico han sido el motor principal del comportamiento humano desde la revolución industrial y, especialmente, durante los sesenta años transcurridos desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial. Su papel ha sido tan dominante y absorbente que todos los demás argumentos del hombre; la religión, el amor, la amistad, el placer, el conocimiento, la equidad, la solidaridad, se han desdibujado y han pasado a ocupar puestos marginales, ridiculizados unos como propios de mujeres, de ancianos o débiles mentales, otros satanizados como fundamentalismos terroristas, los más afortunados considerados apenas como objetos comprables en el mercado.

Esta hegemonía de lo económico se ha fortalecido gracias a su manejo de una sola de las características del ser humano, su afán de acaparar objetos. Establecido este afán en lo más profundo del cerebro, construido durante los siglos de formación de lo humano, factor vital, tal vez de la sobrevivencia de la especie durante los miles de años de las últimas glaciaciones, como lo fue en los insectos y en todos los mamíferos que sobrevivieron, el afán de acaparar ha perdido su intención inicial y se ha convertido en redundancia que alimenta los viejos ceñiros de placer de la gran mayoría de los cerebros. Cada nuevo vestido, cada sabor diferente, cada visión original genera flujos de neurotransmisores, produce pequeñísimas descargas eléctricas, rejuvenece neuronas y nos hace sentir más fuertes y poderosos; capaces de competir y afrontar la incertidumbre y el riesgo que ya no proviene de la otra naturaleza sino de nosotros mismos.

La envidia y el afán de imitación que han estudiado profundamente Girard y Dousenerry son las emociones producidas por el afán primitivo de acaparar, siendo la primera característica principal de nuestros congéneres más agresivos, y la segunda patrón de la gran mayoría que ha sido manipulada por la publicidad, principal instrumento del modelo económico. Estudiando las obras de Shakespeare, Girard ha demostrado que las tragedias típicas de la humanidad están fundamentadas en la envidia del bien ajeno y que la venganza, es. la reacción común de la especie ante la frustración del poseer. El principal logro de la economía es haber racionalizado en el mercado este impulso primitivo; en cierta manera los economistas, desde Smith en adelante e incluyendo al Marx maduro, lo que han hecho es inventar símbolos que legitimen y refuercen la característica menos humana pero más dominante de hombres y mujeres.

Sin embargo mujeres y hombres son algo más que maximizadores de utilidad y ese algo más, esas otras racionalidades, son las que están impulsado al final de este siglo la gran crítica a lo económico; crítica que siempre ha existido pero que hoy se torna más compleja, aguda y apasionada, conducida por el escepticismo de los verdaderos postmodernos pero armada por los viejos fundamentalismos, por los guerreros de las otras racionalidades que también desean ser hegemónicas; sabia en la reconstrucción de los símbolos y en la decodificación del conocer y mágica en la búsqueda de las otras esencias, en la recreación lúdica y en el recordar de lo prohibido.

Es así como en esta última década estamos pidiendo cuentas, haciéndoles juicio de residencia, a las ilusiones económicas, preguntándoles qué hicieron con el mundo del cual se apoderaron desde mediados del milenio, cómo fue posible que quinientos años de hegemonía «progresista» y «racionalista» sólo hubieran producido más violencia, y más corrupción que en el imperio romano, cómo explican que con la concentración de poder y riqueza más grande en la historia de la humanidad, con el florecer de la tecnología, después de haber doblegado y deformado al resto de la naturaleza, el paradigma de la modernización haya ocasionado junto al extremo bienestar de los menos, la desesperación, la ignominia y la miseria de la mayoría de los hombres y las mujeres.

Es justo reconocer que este juicio a la ilusión del poseer tiene raíces en parte del pensamiento económico, que ha sido impulsado por economistas y que la mayoría de sus promotores no buscan la desaparición de «lo económico» sino que se lo ponga en su lugar, la disminución de su importancia en las mentes y en las políticas. Lo que se persigue es el derrumbe de la hegemonía del racionalismo económico para que puedan prosperar las otras formas de ver la realidad, no para que dejen de considerarse conceptos que, como la escasez, el ahorro y la planificación, son aportes vitales de la teoría económica. *¿Cómo, entonces, criticar el concepto de desarrollo económico sin caer en los extremos de predicar el imposible regreso a lo primitivo, de recomendar hipócrita o ingenuamente el no-consumismo o de defender el totalitarismo político-económico ya derrotado por la historia reciente?* Esta ponencia propone dos formas de aproximación. Una, pragmática, en la que se revisa lo que ha sucedido desde el punto de vista de su sustentabilidad y; la otra, teórica, que ensaya proyecciones en el contexto de lo que propongo llamar una visión ambiental compleja.

La insostenibilidad biofísica. El crecimiento económico como factor de deterioro de los ecosistemas

De 1945 hasta nuestros días se ha realizado una enorme transformación de los ecosistemas colombianos cuya magnitud real no se ha expresado en ningún documento pero puede intuirse comparando algunas situaciones críticas. Al terminar la II Guerra Mundial aproximadamente un 80% del territorio colombiano estaba cubierto de vegetación silvestre, o sea, que en cincuenta años hemos perdido más de la mitad de la cobertura boscosa general y casi la totalidad de algunas formaciones como el bosque seco tropical y el bosque subandino. En la década de los cuarenta era normal tomar agua para fines domésticos, y bañarse en la totalidad de los ríos y quebradas públicas, inclusive en los ríos Bogotá, Cali y Medellín. Hoy sólo unos cortos trayectos de unas pocas de las corrientes andinas de mayor elevación sobre el nivel del mar pueden ser consideradas potables y seguras para la recreación y todas las aguas que distribuyen los acueductos municipales requieren tratamientos químicos o ser hervidas antes de usarse. La pesca era abundante, en todo el país y hoy ha desaparecido prácticamente de la zona andina y el sistema Magdalena-Cauca ha perdido gran parte de su producción. La calidad del aire que se había mantenido estable hasta los años setenta se ha degradado rápidamente en los últimos veinte años en las principales ciudades y hoy Bogotá es la tercera ciudad más contaminada de América Latina.

En la sabana de Bogotá y en el Valle del Cauca la caza deportiva de venados y patos era deporte común hace cincuenta años; al finalizar el siglo los grupos indígenas del Pacífico, la Amazonia y la Orinoquia tienen grandes dificultades para obtener proteínas mediante sus sistemas de caza de subsistencia. Los ecosistemas que han sufrido mayor transformación se localizan en el valle medio del río Magdalena, en la sabana de Bogotá, en el piedemonte de la Cordillera Oriental, incluyendo los territorios de Arauca, Casanare, Meta, Caquetá y Putumayo, en la Serranía de la Macarena y en la Sierra Nevada de Santa Marta. La magnitud del

cambio físico y biótico puede estimarse considerando que en cincuenta años tres generaciones construyeron un país de ciudades y praderas en donde antes había selva, sabanas naturales y unos pocos cultivos.

Esta transformación coincide con el período de mayor crecimiento de la población y de la economía colombiana, con aumentos anuales de ambos factores que oscilan alrededor de un 3% y con un aumento total de la población de casi 4 veces, todo esto en un contexto de introducción masiva y rápida de tecnología en el sector industrial, en el agropecuario, en el minero y en el de la construcción. A este aumento de la población y de la economía han respondido dos cambios importantes en el uso de la tierra: la conversión de bosques en tierras agropecuarias y la transformación de tierra agropecuarias en tierras urbanizadas. En el primer proceso, las tierras abiertas para la agricultura y la ganadería se multiplicaron por un poco más de 3, perdiéndose aproximadamente 40 millones de hectáreas de selva, correspondiendo casi exactamente al aumento de la población, y en el segundo se perdieron casi 100.000 hectáreas situadas alrededor de Bogotá y de las capitales de departamento, la mayoría de ellas clasificadas antes como de primera y segunda clase para fines agrícolas.

La explotación de los recursos mineros colombianos era muy poco significativa al terminar la II Guerra Mundial: durante estos cincuenta años se tecnificó y aceleró la minería del oro y las esmeraldas, se extrajeron prácticamente todas las reservas de petróleo explotables en el valle medio del Magdalena, aproximadamente la mitad de las de Arauca, y llevamos ya casi 20 años de explotación intensiva del carbón y el níquel.

La agudeza de algunos de los cambios se percibe más diariamente en el nivel local; al iniciarse el gobierno de Ospina Pérez, el Salto de Tequendama era un atractivo turístico conocido internacionalmente, Bocagrande, en Cartagena, era una península cubierta de manglares y matorrales que terminaba en un hotel recientemente construido; Santa Mana estaba aislada de la Guajira por una bella selva alta y continua que ascendía hasta las nieves perpetuas de la Sierra y entre la ciudad y Barranquilla sólo existían las bananeras y la Ciénaga Grande que intercambiaba aguas continuamente con el mar y el Magdalena a través de las arenas y manglares de Salamanca; la selva del Chocó se unía con la de la Serranía de Abibe y continuaba por las estribaciones de las cordilleras cubriendo todo Urabá y el valle airo de Sinu y de San Jorge con un bosque húmedo ininterrumpido. Todo el valle medio del río Magdalena, estaba cubierto de selva húmeda y existía todavía un cinturón de bosques de roble que circundaba las tres cordilleras entre los 1.800 y los 2.800 m sobre el nivel del mar.

Más abajo de los bosques de roble se extendía la zona cafetera que era también una gran selva de ceibas, guamos, laureles y yarumos, sembrada desde fines del siglo XIX y desaparecida casi por completo en la década de los 70, y por encima de los robles, los encenillos, nogales, tibares, pinos romerones y cedros proporcionaban la estructura principal del bosque de niebla, del cual sólo quedan unas pequeñas muestras en algunos parques nacionales. Tal vez el cambio más radical de la zona andina en estos cincuenta años sucedió en la ladera oriental y en el pie de monte de la Cordillera Oriental, el cual estaba completamente cubierto de bosque y otros tipos de vegetación silvestre en 1945, incluyendo las cercanías de Villavicencio, Yopal, Florencia y Mocoa, y hoy está deforestado en varios cientos de kilómetros a lo largo de los grandes ríos de la Orinoquia y la Amazonia.

*¿Podrá sostener este nuevo país de praderas y ciudades las necesidades de las generaciones futuras?
¿Nos cobrarán ellas haberlo transformado? ¿Les harán falta la biodiversidad de las selvas perdidas,
el oro del bajo Cauca, el bagre del Magdalena, el capitán y los cangrejos del río Bogotá?
¿las fresas silvestres y el plátano manzano serán recordados?,
o. al contrario,*

¿Todo esto podrán reemplazarlo con la acumulación de capital económico, con su ingenio y con los productos de los mercados internacionales?

Tal vez las preguntas más fuertes tienen que ver con procesos que, como las inundaciones, los derrumbes y la erosión, son difícilmente reversibles e impactan con mayor dramatismo a la sociedad. *¿Se habrá deformado ya irremediablemente el Funcionamiento de las interrelaciones entre los Andes y las planicies y tendremos que cambiar significativamente cuestiones virales tales como el patrón de asentamiento a lo largo de los ríos y en las vertientes, o el modo de construir los caminos y las ciudades?*

Otras inquietudes tienen que ver con situaciones más complejas que pueden manifestarse a mediano plazo, cuando nuestros productos agrarios, contaminados y de baja rentabilidad por el deterioro de nuestros sistemas bandera como el valle del César, el del Cauca, las zonas cafeteras o las altiplanicies, tengan que competir con los de los mercados verdes, biotécnicos y eficientes de las zonas templadas, o a largo plazo cuando las divisas producidas por el petróleo, el carbón, el níquel, la cocaína y el café tengan que ser reemplazadas por el turismo o la biotecnología.

Todos estos riesgos de insostenibilidad están percibidos dentro de la misma racionalidad económica que los ha producido, y parte de ellos eran fácilmente identificables a partir del pensamiento de los clásicos del siglo XVIII, pero debe reconocerse que sólo han podido ser reidentificados mediante el refinamiento del pensamiento económico que se ha producido al amparo de la dimensión ambiental durante los últimos 20 años en los análisis de los economistas ambientales y los economistas ecológicos. Hace falta, sí, una visión más clara y real de la falta de sostenibilidad de los modelos de desarrollo económico que sólo puede obtenerse con un análisis integral de la situación en el que lo biofísico se interrelaciona con lo social.

La insostenibilidad social

La concepción de la insostenibilidad social del desarrollo es un aporte teórico del pensamiento ambiental complejo que insiste en la existencia de fortalezas y límites característicos de cada sociedad que, de traspasarse, se convertirán en obstáculos para el cumplimiento de sus propios objetivos. En el caso de que el objetivo sea mejorar la calidad de vida, los límites sociales serían todas aquellas características estructurales de la sociedad que impiden que el estilo de desarrollo vigente logre cumplir este fin mientras que las fortalezas serían aquellas que lo facilitan. En el proceso de desarrollo, las demás variables interactúan con las de índole social, reforzándolas o debilitándolas en relación a los diferentes objetivos; el afín económico de acaparamiento acentúa las formas sociales de competencia y debilita las de solidaridad, lo cual puede haber sucedido durante los últimos 50 años en Colombia.

Sin embargo, debe reconocerse que algunos de los índices sociales en Colombia han mejorado durante este periodo: el analfabetismo y las muertes de menores de cinco años han disminuido, la edad promedio alcanzable ha aumentado, los índices de distribución del ingreso son más equilibrados y, en general el colombiano medio se ha «modernizado», en el sentido de ser más parecido a los europeos y estadounidenses en los valores dominantes, en sus hábitos de consumo y en la información recibida. Estas tendencias han hecho ascender a nuestro país en el índice general de «desarrollo humano» y en algunos índices de «calidad de vida». Pero hay tres circunstancias que permiten afirmar la insostenibilidad del modelo dominante: la corrupción, la violencia cotidiana y la insurrección permanente.

Hasta los años ochenta la corrupción no había alcanzado en Colombia índices parecidos a la que siempre había existido en otros países. Hasta los cuarenta la corrupción era en Colombia un fenómeno limitable a unas pocas figuras políticas y financieras, identificadas y convenientemente estigmatizadas, y se aceptaba

internacionalmente que no existía en forma generalizada ni en la administración pública ni en el sector privado. Las diferentes formas de «coimas», comisiones o propinas ilegales, que eran normales en México, eran vistas en Colombia como excepcionales hasta la década de los setenta, cuando comenzaron a extenderse y a magnificarse en todos los niveles de la administración y en el mismo sector privado. En general se admite que el narcotráfico tuvo mucho que ver en la corrupción del país, pero no se reconoce que tanto el tráfico ilegal de drogas como otros procesos de corrupción como el contrabando de los San Andresitos están firmemente asentados y fortalecidos por el modelo de desarrollo vigente y, especialmente, por el afín masivo de acaparamiento.

Las diferentes formas de violencia cotidiana tienen asideros históricos pero su magnitud actual, única en el mundo, se debe a un ascenso muy agudo iniciado en los años cincuenta y acelerado durante los noventa. Los casi noventa homicidios anuales por cada cien mil habitantes no tienen antecedentes en ningún país contemporáneo; el segundo país más violento lo es ocho veces menos y asesinamos anualmente a veinte veces más personas que en Europa. Al agregar a las estadísticas los heridos y agraviados por las diferentes formas de violencia: los diarios insultados y golpeados, se puede tener una idea de la gravedad de la situación. Algunos analistas optimistas insisten en que este tipo de violencia es característico de los procesos de crecimiento acelerado y que no debemos preocuparnos porque todos seremos pacíficos cuando seamos todos ricos, pero se olvidan de que son más violentos algunos ricos que algunos pobres y sus cuentas no coinciden con lo que sucede en otros países que crecen más rápidamente.

Es posible que sea una exageración achacarle toda esta situación a la hegemonía de lo económico y que lo que sucede es una situación de sinergia en la que la angustia de nunca poseer lo suficiente se ha agregado a otros procesos y variables de diferentes índoles para producir el país más violento del mundo. Pero pienso que es justo atribuirle toda esta sobreposición de causas a un modelo económico fundamentalista que ha debilitado todos los valores diferentes a la maximización de los ingresos monetarios.

Finalmente debemos señalar, como forma de insostenibilidad social, relacionado pero diferente a la violencia cotidiana, el estado de guerra civil permanente y crónica que se inició en 1947 y que coincide con los cincuenta años de dominio y hegemonía del modelo de crecimiento económico y de «modernización» del país. Aquí, como en el caso de la violencia cotidiana, es necesario reconocer la existencia de complejas redes causales que interactúan continuamente, en las que, en ocasiones, es difícil diferenciar entre la causa u fá causado, pero en este caso lo ideológico ha tenido un papel simbólico estructuralmente estrechamente relacionado con el fundamentalismo económico desarrollado a la derecha y a la izquierda durante los últimos siglos. Tanto el materialismo coyuntural y capitalista como el materialismo histórico y marxista, escondidos bajo la emoción de las ideas de progreso y de justicia social, han ocultado durante estos doscientos años su principio vital, su relación oculta con el afín primitivo de acaparamiento de objetos y lo han convertido en afán de poder. En Colombia ambas corrientes escogieron las armas para materializar sus aspiraciones políticas y han acostumbrado al país a un estado permanente de enfrentamiento violento en el que ambos bandos reconocen la imposibilidad de la victoria pero ambos se lucran económicamente del conflicto armado: uno, a través de la industria desarmas y municiones, y ambos, por la facilidad que el conflicto otorga a sus vinculaciones con el narcotráfico.

¿Se están traspasando los límites humanos?

La hegemonía fundamentalista de lo económico es posible que esté traspasando los límites establecidos para los seres humanos por su propio cuerpo, por su cerebro, incluida su memoria y por sus ideas y sentimientos. Esta violación de lo humano se nota con mayor fuerza en los países más poderosos, como los Estados Unidos,

el Japón y Rusia, en donde el afán de acaparamiento de objetos, sus emociones correspondientes, como la imitación y la envidia y su instrumento operativo, la competencia, conducen a los ciudadanos a una lucha por la maximización del consumo que amenaza con la destrucción de todo el resto de los valores de la humanidad. La dominancia del modelo neoliberal y el mito de la modernización han otorgado mayor libertad a esta confrontación personal continua mediante la destrucción sistemática de todas las instituciones que no puedan demostrar su eficiencia, o sea, que no acepten las reglas del juego economicista. Un posible síntoma de esta trasgresión de límites es el aumento continuo de consumo de drogas, el ingreso a la fantasía química de aquellos que ya no resisten más la carrera por el enriquecimiento y que no cuentan con ninguna de aquellas instituciones que como la solidaridad, la amistad, el amor y la religión antes compensaban su racionalidad.

En Colombia esta situación del mundo industrial repercute en la sociedad y en las personas. Chomsky ha descrito en una conferencia dictada en el célebre MIT uno de los impactos culturales del pensamiento economicista: «*Los granjeros locales son invitados a convertirse en "productores racionales", según los preceptos de la economía moderna, y luego a producir, ellos también, para la exportación. Y precisamente porque ellos son racionales, se vuelven hacia la coca, la marihuana.*» Otros impactos del modelo neoliberal son menos evidentes pero trabajan eficazmente en las raíces de la crisis vernal, junto con procesos muy claros de desinstitucionalización y empobrecimiento moral y material del Estado colombiano, procesos que ya llevan casi diez años destruyendo su poca capacidad de controlar al sector privado, incluido el narcotráfico, de proveer servicios públicos, de asistir a los desvalidos, de construir carreteras o de prestar servicios técnicos.

El panorama de la actual coyuntura, lo que leemos y vemos diariamente, nos excusa de ser más explícitos en la insostenibilidad colombiana del modelo economicista de desarrollo y nos da pie para hacer una propuesta.

QUÉ ES LA VISIÓN AMBIENTAL COMPLEJA?

La visión ambiental compleja de la realidad no traía ingenuamente de olvidar lo económico, simplemente lo pone en su lugar y para esto se fundamenta en lo que se ha venido llamando el *paradigma de la complejidad* o el pensamiento complejo, la aproximación filosófica y científica que insiste en afrontar con la mayor valencia posible una visión no reduccionista y no simplificante, explícita y consciente, en la que se acepta que vivimos en un mundo pleno de variables e interrelaciones, que nuestra visión no es nada diferente a una percepción subjetiva y que lo que llamamos causa es siempre el efecto de algo más, que a su vez está interrelacionado con otras variables. En una apretada síntesis la visión ambiental compleja se caracteriza por cinco formas de ver las cosas y las personas:

- "Verlas profunda y ampliamente, incluidos sus contextos verticales y horizontales, hasta donde alcancen las referencias de espacio.
- Verlas con referencia a un deber ser estético y ético.
- Ver sus interrelaciones reales actuales y prever las posibles, sin despreciar las aparentemente débiles, pero seleccionando las evidentemente más fuertes, reconociendo la posibilidad de discontinuidades en tiempo y en espacio.
- Verlas dinámicamente, como parte de procesos de los cuales conocemos la experiencia histórica, entreveremos las estructuras parcialmente determinantes y aceptamos la posibilidad de la intervención del azar en sus formas futuras.
- Verlas con respeto hacia sus propios intereses en el espacio y en el tiempo, intuyendo los contextos ideológicos en que las vemos, reconociendo la posibilidad- de que nuestra visión las deforme y tomando conciencia de nuestra posición de observadores interesados, lo cual implica

un respeto a la naturaleza, a las otras personas, a lo que piensan y construyen y a las formas futuras de una y otras.

La visión ambiental compleja se da con intensidades y agudezas diferentes en cada individuo y en cada cultura. La visión ambiental individual depende de las características intrínsecas de su sistema nervioso, de cómo su contexto sociocultural lo haya formado y de la coyuntura en la que percibe ambientes específicos. En cada cultura existen visiones ambientales dominantes en las que se asignan valores específicos a cada componente del ambiente y por eso la V.A.C. se caracteriza por ser multirracional, plurifactorial y pluriobjetiva, y con ella lo económico ocupa un lugar, cuya definición es ya el tema de trabajo de diversas corrientes que, dentro de la profesión, tratan de construir una nueva economía.

El papel de lo económico en la visión ambiental compleja

Como lo dije antes debe reconocerse que hemos sido los economistas los más preocupados por la hegemonía del fundamentalismo económico; desde Boulding hasta Daly, son numerosos los nombres ilustres de la ciencia económica que a partir de la intuición y la simple informalidad, o desde el interior de los modelos, han criticado la visión reduccionista de lo económico. En Colombia pienso que la actual coyuntura nos ayuda a identificar los puntos más dudosos en los que se deberían concentrar los creadores de esta nueva economía compleja.

Pero antes de empezar pienso que, para ser aceptada dentro del paradigma de la complejidad, la economía debe pasar por una prueba muy difícil y es la de demostrar su capacidad de humildad: hacer fe pública de que no puede resolver todos los problemas de la humanidad, confesar que sus modelos son tan dogmáticos y fundamentalistas como los islámicos y aceptar que su ilusión de la racionalidad económica es tan sólo eso: otra esperanza heredada del iluminismo del siglo XVIII.

Aceptando lo anterior, la economía podría retomar temas indispensables que ha despreciado en los últimos años como la escasez, la distribución del ingreso, la planificación, la teoría del valor, el papel del gasto público y profundizar en otros que, como la inflación, los servicios y el empleo, requieren un tratamiento refinado, alejado de las simplicidades del neoliberalismo. Por ejemplo, una macroeconomía que se ocupara más de la distribución del ingreso que de su acumulación podría, posiblemente, hacer aportes a otras disciplinas para conformar políticas de empleo que tomaran en cuenta los problemas creados por el automatismo y el potencial del sector servicios como creador de empleo sostenible no deteriorante del ambiente y también podría, específicamente, diseñar y recomendar inversiones socioambientales de magnitud suficiente para reconstruir los bosques perdidos durante estos cincuenta años en forma tal que el mismo proceso proporcionara una solución de empleo y dignificación para las víctimas de las guerras del narcotráfico.

Una solución de este tipo iría probablemente en contra de la política general de control monetario pero podría significar una completa reestructuración del sector agrario mediante la creación de un nuevo sistema de producción que proporcionaría una triple ganancia: ecológica, económica y social.

En Colombia los economistas estamos en mora de trabajar con otras disciplinas para presentar soluciones ambientales a las actuales crisis, soluciones que pudieran hacer caso omiso de las ingenuas normas sobre gasto público y sobre control de inflación que hoy proporcionan una camisa de fuerza a cualquier propuesta innovadora, que se pudieran alejar de los dogmas neoliberales e iniciar la construcción de un nuevo modelo de desarrollo, pero para eso necesitamos una reflexión intensa y profunda, un diálogo con nosotros mismos y con las otras disciplinas que busque recobrar el equilibrio de las ideas y la quiebra de dogmas y paradigmas.